

CAPÍTULO 15: ORACIÓN Y TESTIFICACIÓN

Es imposible tener una vida de oración significativa, por mucho tiempo, sin involucrarse en el servicio, y es imposible estar involucrado en un servicio significativo, por mucho tiempo, sin involucrarse en la oración. Ambos dos son inseparables.

Muchos han tenido el estereotipo de ser testigos, alguien que va por la calle tocando timbres, y hablando de religión con personas que nunca habían visto. Pero el trabajo en el servicio cristiano de la vida, el testimonio y la predicación, puede implicar diversos métodos. Lo importante es trabajar. Una de las principales razones por las que la vida de oración se ha convertido en poco más que una forma para muchas personas es que no se han involucrado en el servicio y el trabajo para los demás.

Nota la historia de la alimentación de los 5000:

«Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido.» (Juan 6:5-13).

Leamos el relato de Marcos, para conocer sus ideas sobre la relación de la oración con el servicio cristiano:

«Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? Él les dijo:

¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. Y comieron todos, y se saciaron.» (Marcos 6:35-42).

Jesús «miró al cielo». (Hasta donde podemos decir, ¡Jesús oró con los ojos abiertos ese día! ¡Ojalá hubiera sabido eso cuando era niño! La culpa que solía tener si abría los ojos durante la oración era terrible. Tenemos nuestras propias tradiciones. ¿No es así? Probablemente tenemos tantas tradiciones como la gente en los días de Cristo, y ésta es una de ellas.) Pero Jesús no estaba operando independientemente aquí.

Él logró todos Sus milagros a través de la oración, a través del poder que estaba sobre Él, y no a través del poder que estaba dentro de Él. Su vida de oración y servicio a los demás es un ejemplo para nosotros hoy.

¿Te hubiera gustado haber sido uno de los discípulos ese día? Si eran 5.000 hombres, y tenían 5000 esposas, y traían a sus 10000 hijos, ¿cuántas personas había en total?

¡Saca tu calculadora de bolsillo y descúbrelo!

Entonces, había doce discípulos. ¿Cada discípulo debía llevar comida a cuántas personas? ¡Más de 1500 cada uno!

¡Te gustaría que te dijeran que vendrían a cenar 1500 personas, y que la cena se serviría inmediatamente!

¿Puedes ver a los discípulos abriéndose paso entre la multitud, llevando las pequeñas cestas de pan y pescado?

¿Crees que tenían miedo de hacer el ridículo? Suena muy emocionante leer sobre esto, pero debe haber sido estresante para los discípulos, porque la siguiente vez que tuvieron la oportunidad de hacer lo mismo cuando los 4000 necesitaban comida, no estaban tan ansiosos por intentarlo de nuevo. De hecho, ¡se mostraron reacios y trataron de convencer a Jesús de no hacerlo!

Para la multitud, fue más emocionante. Es posible que hayan sido un poco más lentos que los discípulos para comprender la magnitud del problema que tenían ante ellos. ¡Tenían hambre, pero no esperaban cenar! No fueron puestos en aprietos como los discípulos, por lo que pudieron sentarse y disfrutar mucho más del milagro. ¿Te imaginas entre la multitud? ¿Te imaginas observar el progreso de los discípulos, preguntándote si aún quedan algunos para cuando llegue tu turno? ¡Quizás hayas experimentado algo así, en una cena compartida! Pero efectivamente, había pan para todos. Nadie quedó fuera. No sólo todos tenían mucho para comer, sino que sobraron tantas cestas como discípulos.

Y LA MORALEJA DE LA HISTORIA ES...

Esto no sólo fue un milagro que suplió las necesidades de la multitud hambrienta, allí en Galilea, sino que también fue una parábola actuada. Hay al menos siete principios relacionados con la oración y el trabajo que podemos aprender de esta historia.

No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos. ¡Esa es una cita, por cierto! Se encuentra en

«El Discurso Maestro de Jesucristo», página 37: «No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos». ¡Uno de los problemas que muchos de nosotros hemos tenido al tratar de ser testigos de Cristo, es que no hemos experimentado nada sobre lo cual testificar! Si no hemos probado y visto que el Señor es bueno, tendremos verdaderos problemas para describir esta experiencia a otra persona. Si nunca has probado el pastel de fresas, o incluso has visto el pastel de fresas, te resultará difícil compartir con alguien más, cómo es el pastel de fresas. No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos.

Estamos obligados a dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos. A primera vista, estos dos primeros puntos parecen contrarios, ¿no es así? No puedes darle a otra persona lo que tú mismo no tienes, ¡pero debes hacerlo! ¡Curiosamente, así es! Los discípulos, el día que fueron alimentados los 5000, no tenían pan suficiente para alimentar a la multitud. De hecho, los propios discípulos no tenían nada de pan, el niño tuvo que ayudarlos, ¡incluso para empezar! Entonces, Jesús les dijo: «Dadles de comer».

¡Qué orden tan imposible! No podrían dar pan a la multitud si ellos mismos no tenían pan, pero eso es exactamente lo que se les pidió que hicieran.

Los discípulos debieron haber tenido cierto grado de fe para poder participar en el servicio ese día, en la ladera de la montaña. Pero mientras trabajaban en unión con Aquel que levantó Sus ojos al cielo, de alguna manera ocurrió el milagro. Ésa es siempre la fuente de suministro para las necesidades de quienes nos rodean. Primero, tenemos que recibirlo para poder darlo. Y luego, confiando en Aquel que tiene la abundancia, podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos.

Sólo podemos impartir lo que recibimos de Cristo, y sólo podemos recibir lo que impartimos a los demás. Esa cita es de «El Deseado de todas las gentes», página 370. A medida que continuamos impartiendo, continuamos recibiendo, y cuanto más impartimos, más recibiremos. No podemos dar más de lo que recibimos, ni podemos recibir más de lo que damos. Cuanto más daban los discípulos, más tenían para dar. Ese es siempre el método de trabajo de Dios. Incluso cuando se trata de diezmos y ofrendas, obtenemos más, al dar lo que tenemos. Es un principio que el mundo no entiende, pero es uno de los principios más grandes del reino de Dios.

¿Quieres involucrarte en la testificación y el servicio? Extiende lo que tienes en la mano ahora mismo, y cuando lo hagas, recibirás más. Si atesoras lo que tienes ahora, lo perderás.

El que no hace más que orar, pronto dejará de orar.

Elena de White dijo una vez:

«Dios no quiere decir que alguno de nosotros deba volverse ermitaño o monje, y retirarse del mundo para dedicarnos a actos de adoración. La vida debe ser como la vida de Cristo, entre la montaña y la multitud. El que no hace más que orar, pronto dejará de orar, o sus oraciones se convertirán en una rutina formal. Cuando los hombres se alejan de la vida social, de la esfera del deber cristiano, y de llevar la cruz; cuando dejan de trabajar fervientemente para el Maestro, que trabajó fervientemente para ellos, pierden el tema de la oración, y no tienen ningún incentivo para la devoción. Sus oraciones se vuelven personales y egoístas. No pueden orar con respecto a las necesidades de la humanidad, o la edificación del reino de Cristo, implorando fuerza para trabajar» (El Camino a Cristo, página 101).

La oración es esencial. La oración es el punto de partida. Cristo no envió a sus discípulos con los cinco panes y los dos peces, y luego comenzaron a orar. Para empezar, se tomó el tiempo para orar. Pero Él no se detuvo ahí. Él no oró, y luego esperó que cayera maná del cielo sobre el regazo de la gente. La oración y el trabajo siempre van juntos. La oración, por sí sola, no es suficiente.

Si la obra es de Dios, Él proporcionará los medios. No es nuestro problema proporcionar los recursos suficientes para realizar la obra de Dios. Este nunca ha sido nuestro problema, y nunca lo será. Ése es el departamento de Dios.

«Los medios que poseemos pueden no parecernos suficientes para el trabajo, pero si avanzamos con fe, creyendo en el poder todo suficiente de Dios, se abrirán ante nosotros abundantes recursos. Si la obra es de Dios, Él mismo proporcionará los medios para su realización. Él recompensará la confianza honesta y sencilla en Él. Lo poco que se utilice, sabia y económicamente en el servicio del Señor del cielo, aumentará en el mismo acto de impartirlo. En la mano de Cristo, la pequeña provisión de alimentos permaneció intacta, hasta que la multitud hambrienta quedó satisfecha. Si acudimos a la Fuente de toda fortaleza, con nuestras manos de fe extendidas para recibir, seremos sostenidos en nuestro trabajo, incluso en las circunstancias más adversas, y podremos dar a otros el pan de vida» (El Deseado de Todas las Gentes, página 371).

No se trata simplemente de pan. De hecho, cuando Jesús alimentó a la multitud, no les estaba ofreciendo sólo pan. No entendieron el punto, y vinieron buscando más comidas gratis, y Jesús los reprendió. Él dijo: Estás aquí sólo por los panes y los peces.

La promesa es que cualquier recurso que se necesite para llevar a cabo la obra de Dios, ya sea temporal, física, o espiritual, se proporcionará mediante el mismo método. Si la obra es Suya, Él proporcionará los medios para realizarla, sin importar qué medios se necesiten.

Estamos invitados a llevar nuestros panes de cebada a Jesús. Cuando Andrés comenzó a mirar entre la multitud para ver cuánta comida había disponible, lo que el niño que encontró tenía, no parecía demasiado impresionante. No tenía mucho. Pero cuando le llevó lo que tenía a Jesús, de repente le sobraba.

En el mundo actual, existe un experto en todos los campos que puedas imaginar. El procedimiento correcto para las operaciones de grandes empresas es llamar a los expertos. Cuando tenemos problemas, se considera una buena inversión, pagar todos los gastos de viaje y otros gastos para que los profesionales lleguen a la ciudad.

¡El reino de Dios funciona según el mismo principio!

¡Estamos invitados a llamar al experto! Pero a veces nos confundimos acerca de quién es realmente el experto. Escucha estas palabras:

«Cuando la pregunta llega a tu corazón: «¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?», que tu respuesta no sea respuesta de incredulidad. Cuando los discípulos oyeron la dirección del Salvador: «Dadles de comer», todas las dificultades surgieron en sus mentes. Preguntaron: ¿Iremos a las aldeas a comprar comida? Entonces ahora, cuando el pueblo está privado del pan de vida, los hijos del Señor preguntan: ¿Mandaremos traer a alguien de lejos para que venga y los alimente? Pero ¿qué dijo Cristo? «Haz que los hombres se sienten», y allí les dio de comer. Comulga con Él. Lleva tus panes de cebada a Jesús» (El Deseado de Todas las Gentes, páginas 370 y 371).

Los discípulos pensaban que las aldeas eran la fuente del pan, ¡cuando el Pan de vida

estaba justo a su lado! A veces pensamos que otros en la iglesia tienen la sabiduría necesaria. Pero no tenemos que obtenerla de otros, podemos acudir a la Fuente de la sabiduría, y Él suplirá nuestras necesidades con la misma disposición que suplirá las de ellos.

Cuando veas las necesidades de quienes te rodean, no intentes delegar la responsabilidad. Estás invitado a la Fuente de toda fuerza. Trae tus panes de cebada a Jesús. Él está dispuesto y esperando para bendecir.

El servicio y la testificación nos impulsan a la oración. Nada te hará más consciente de tu desesperada necesidad de ayuda desde arriba, que involucrarte en llegar a los demás.

«Si vas a trabajar como Cristo desea que sus discípulos lo hagan, y ganas almas para Él, sentirás la necesidad de una experiencia más profunda, y un mayor conocimiento de las cosas divinas, y tendrás hambre y sed de justicia. Suplicarás a Dios, y tu fe se fortalecerá, y tu alma beberá tragos más profundos del pozo de la salvación. Encontrar oposición y pruebas te llevará a la Biblia y a la oración. Crecerás en la gracia y el conocimiento de Cristo, y desarrollarás una rica experiencia» (El camino a Cristo, página 80).

La oración se vuelve obsoleta sin servicio. El estudio bíblico se vuelve aburrido sin servicio. Tu vida devocional se convertirá en nada más que una rutina y un ritual, si no te involucras en compartir con los demás lo que estás recibiendo de Dios. Dejarás de recibir, si dejas de dar.

Y cuanto más te acerques, más crecerá y florecerá tu vida de oración. ¿Quieres una vida de oración más significativa? Encuentra maneras de regalar lo que has estado recibiendo de Él, y estarás preparado para recibir más abundantemente Sus dones.